

# Soñar, asociar, interpretar



SILVANA HERNÁNDEZ ROMILLO<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N142.A5

SILVANA HERNÁNDEZ ROMILLO / ORCID: 0009-0000-0936-1038

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: MAYO DE 2026

## RESUMEN

El presente trabajo pone a trabajar el sueño como modelo del método analítico: subraya la importancia de la asociación libre y la atención flotante en diálogo con conceptos como el desplazamiento y la transferencia. Para desarrollar estos conceptos desde la praxis analítica, toma los sueños de Dora, el sueño del «Hombre de los Lobos» y el sueño de la inyección de Irma del propio Freud.

**DESCRIPTORES:** SUEÑO / ASOCIACIÓN LIBRE / TRANSFERENCIA / INTERPETACIÓN.

## ABSTRACT

This work proposes the dream as a model for analysis: It emphasizes the importance of free association and evenly suspended attention in relation to concepts such as displacement and transference. To develop these concepts from analytical praxis, it draws on Dora's dreams, the dream of «The Wolf Man», and Freud's dream Irma's injection.

**KEYWORDS:** DREAM / FREE ASSOCIATION / TRANSFERENCE / INTERPRETATION.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.  
hernandezromillo@gmail.com

## EN EL REINO DE LOS SUEÑOS

Comencé a escribir este trabajo intentando darle voz a la experiencia del sueño en el análisis, como analista y analizando a la vez. Desde esta encrucijada he encontrado en el sueño una posibilidad de trabajar conceptos metapsicológicos y aspectos centrales del método al mismo tiempo. El sueño posee fuerza de descubrimiento, tanto en la praxis de nuestros días como en aquellos tiempos del nacimiento del psicoanálisis. Los sueños que empezaron a traer los pacientes en forma espontánea, junto con los sueños del autoanálisis de Freud, fueron generando una narrativa que permitía continuar con la investigación de los aspectos inconscientes de cada caso y, al unísono, crear teoría en la naciente disciplina.

El sueño tiene la impronta de lo inaugural. La vía regia evoca algo del reinado del sueño entre las formaciones de compromiso. Comparte con el síntoma, el acto fallido, el lapsus y el chiste todos los criterios propios de la formación de compromiso: «Eso me llevó a tratar al sueño mismo como un síntoma y aplicarle el método de elaboración elaborado para los síntomas»; «mis pacientes me contaron sus sueños y así me enseñaron que un sueño puede insertarse en el encadenamiento psíquico que ha de perseguirse retrocediendo en el recuerdo a partir de una idea patológica» (Freud, 1900/2012, p. 122).

En la sesión así se nos presenta, con esa estatura, creando un clima que quizás sean los poetas quienes pueden expresarlo mejor. Dice Peixoto (2009) en el cuento «La mujer que soñaba»:

Al abrir los ojos, la luz de la mañana. Sentía en el cuerpo el camisón y las sábanas tibias. Levantó el brazo sobre la frazada. Ya fuera de la cama, mientras se ponía la bata y se calzaba las chinelas, se acordaba aún del sueño que había tenido. Se acordaba del sueño como si todavía soñara. Sonreía. Había soñado que era joven y que no estaba en el asilo. Era joven y estaba en su casa. Su madre la llamaba desde la cocina, había soñado. Se había despertado muy feliz. Era joven. Su madre la llamaba desde la cocina. En el sueño, tenía un trozo de espejo en la mano. Sus cabellos eran largos y lozanos. Sus ojos eran jóvenes y brillaban. Con la toalla doblada sobre el hombro, esperaba en la fila para el baño [...] Las monjas decían que todas

las mujeres tenían que tomar una ducha al levantarse. Ella respetaba las reglas del asilo. El vapor le nublaba la vista. Las voces de las mujeres alrededor eran una cosa que acontecía en un lugar que ella no estaba. Había soñado que era joven. Como si aún estuviera soñando, sonreía [...] Apartó la ropa de la cama y se levantó súbitamente. Abrió un cajón de la mesita y retiró un trozo de espejo. Era el trozo de un espejo que se había partido y que ella había encontrado brillando en la calle. La molestia de haber despertado permanecía. La molestia de haber soñado. En un sueño que seguía después que se despertó, se vio vieja [...] Se imaginó con la edad de la madre, se imaginó igual que ella. En el sueño que permanecía en su interior, como un recuerdo que no conseguía olvidar, era aún más vieja que su madre [...] La hermana chica dejó al perro y se le acercó. Buscó conversación. Ella no le contestó. Se sentía vieja, como en el sueño. Era vieja. Como en el sueño. En instantes, no sabía si el sueño había sido antes o después de despertarse [...] Salió del cuarto de la hermana con pasitos cortos. Entró a su cuarto con miedo de dormir. Se desvistió, se puso el camisón. Se acostó debajo de las sábanas frías. Se quedó intranquila durante mucho tiempo. Estaba nerviosa. Estaba incómoda. Daba vueltas en la cama. Tenía miedo de dormirse y soñar de nuevo. Cada instante de la noche parecía muy grande. Pero después de mucho tiempo, después de haber pasado mucho tiempo dentro de la noche, después del tiempo ya no distinguirse de la noche larga, vasta, inmensa, su cuerpo perdió las fuerzas y finalmente se durmió (p. 41).

El cuento tiene una musicalidad y evoca *Inventiones a dos y tres voces* de Bach, en donde el motivo principal se presenta, juega en el teclado, parece irse para dar paso a otra melodía y luego volver a entrar, sin saber cuándo finalizó una y comenzó la otra. A partir del texto de Peixoto (2009), se nos generan imágenes —la mujer vieja, la joven— en las que el adentro y el afuera se presentan en una sensible continuidad.

Quizá también en el cuento de Cortázar (1956/2004), «La noche boca arriba», se instala la inquietante pregunta acerca de quién es soñado por quién. En unas pocas frases, Cortázar logra dejar al descubierto el nulo dominio del yo —*yo sueño*— y abre el vasto campo de lo no sabido. Es este *dejar abierto* de la literatura lo que genera esa pasión de lectura que

nos invade en forma permanente y sin proponérselo, y colabora de modo peculiar en la formación interminable de todo analista.

## SOÑAR, ASOCIAR

El sueño es una experiencia de anudamientos. Se entremezclan los tiempos, las escenas y los personajes, en escenarios que se asemejan a una filmación con cámara «casera» en la que se va pasando de una escena a otra sin cortes. También están aquellos sueños de pocas frases, los que generan un desafío para el analista, aunque, como siempre, solo se trata de promover asociaciones. Se necesita un tiempo largo de la sesión y, de pronto, cuando menos se lo espera, aparece un detalle que nos invita a decir alguna palabra: la interpretación. El tiempo lento es una característica del análisis y el trabajo con los sueños es quizás su más clara expresión.

El sueño queda a la espera de las asociaciones; sin ellas, es demasiado poco. Soñar, asociar y asociar podría ser la fórmula mínima. Luego, el analista propone, por ejemplo, relacionar aspectos del sueño con otros aparentemente lejanos, tanto de la sesión como de los restos diurnos. Al analista también se le formulan interrogantes que intentan abrir el campo, por ejemplo, «¿por qué son blancos los lobos?» —la primera intervención en el famoso sueño de los lobos (Freud, 1918/2003)—. Si bien la gran obra freudiana se denomina *La interpretación de los sueños*, se podría decir que recién luego de un trabajo dedicado y minucioso se podría producir un señalamiento o una interpretación. Nos dedicamos al análisis de los sueños.

En la intimidad de la sesión, una particular artesanía produce relato y escucha en simultaneidad. Para el analista, cuándo y cómo hablar, cuándo y cómo callar, esperar, abierto a lo que está por venir, es parte de ese arte. Estamos ahora en el reino de la asociación libre —y su par, la atención flotante—. En un principio, el verbo era *recordar*; luego será *asociar*. La regla de oro —una regla pequeña, que no ambiciona— es el oro de las sesiones. El relato fluye, la sesión se va constituyendo; escuchar esa secuencia y sorprenderse es tarea del análisis. Donde se elude la asociación libre, allí estaría el asunto del psicoanalista; hasta se podría decir que su tarea consiste en explorar todo quiebre, toda huida de la asociación libre. La aventura de la asociación libre es el análisis mismo. Y sorpresivamente, en

un recoveco se escucha una breve frase que intenta decir todo lo no dicho por efecto de la amnesia infantil. No es ocioso reiterar que la secuencia de la sesión es otro pilar de nuestro quehacer.

A veces pienso que el trabajo del análisis —en el sentido del método— es una especie de acopio de asociación libre en transferencia. Una red de asociaciones que van complejizando las anteriores, que les van dando otra textura, porque cuando se enlazan nuevas asociaciones, las anteriores ya no son las mismas que fueron, mientras las nuevas esperan un nuevo momento de evocación para saltar al escenario.<sup>2</sup> Una red de caminos. O ríos fluyendo y confluyendo, en diferentes direcciones, con el ¿anhelo? de un centro, pero con la vívida comprobación de que varios de esos afluentes quedan desconocidos. La imagen de los ríos es escasa porque no nos da el derecho de generar afluentes nuevos, o cambiarlos de cauce, o hacer que uno modifique su desembocadura. No es sencillo metaforizar lo que sucede en un análisis. Pontalis (2005), sobre historia y memoria, dice:

No hay historias de vida en Freud una vez transformado en Freud, no hay historias de casos; a lo sumo hay historias de la enfermedad o, más tarde, con el “Hombre de los Lobos”, el siguiente título “De [aus, literalmente, ‘a partir de’] una neurosis infantil”. Neurosis infantil, y no neurosis de la infancia, neurosis que hay que *adivinar*, hacer surgir huella a huella: un efecto del arte... Y un “extracto de”, no el todo sino fragmentos que solo el análisis —porque al principio deconstruye— va a lograr poner en contacto y hacer coincidir. Un rompecabezas, de acuerdo, pero sin “motivo para unir nuevamente ni ‘*rosebud*’” al final. Una red ferroviaria, si se quiere, pero con la condición de que se abran nuevas vías, que haya topes, errores de cambio de vías e incluso descarrilamientos; un sistema nervioso que no tuviera centro. Que cada uno convoque sus imágenes predilectas (p. 18).

2 «No me parece bueno, y aun es perjudicial para la obra creadora del alma, que el entendimiento examine con demasiado rigor las ideas que le afluyen y lo haga a las puertas mismas, por así decir. Si se la considera aislada, una idea puede parecer insignificante y osada, pero quizás en una cierta unión con otras, que acaso parezcan también desdeñables, puede entregarnos un eslabón bien concertado: de nada de eso puede juzgar el entendimiento si no la retiene el tiempo bastante para contemplarla en su unión con esas otras» (Schiller como se cita en Freud, 1900/2012, p. 124).

Digo, afirmo y luego me contradigo. El trabajo psicoanalítico es mucho más y más difícil que sueños y libres asociaciones. Hay dedicados diálogos, ciertas preguntas frente a situaciones de dura inhibición, hay también contención, alguna comicidad y un silencio respetuoso frente al dolor que no se puede más que gritar. Como lo han expresado algunos viejos maestros, los llamados momentos de análisis, son pocos. Como ya se ha expresado en referencia al oficio de analista: la relación analítica es la relación más íntima y más formal. Esa peculiar cercanía hace que las tentaciones estén a la orden de cada sesión; tentación de aconsejar, orientar, recomendar.<sup>3</sup> La asimetría y el análisis del analista protegen de los efluvios pulsionales, obra en varias escenas de la que todos somos actores. Por eso no dudamos de que la abstinencia ocupa un lugar central en nuestra praxis.

#### SUEÑOS EN LA OBRA DE FREUD: LOBOS, DORA, IRMA

He soñado que es de noche y estoy en mi cama. (Mi cama tenía los pies hacia la ventana, frente a la ventana había una hilera de viejos nogales. Sé que era invierno cuando soñé, y de noche). De repente, la ventana se abre sola y veo con gran terror que sobre el nogal grande frente a la ventana están sentados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete. Los lobos eran totalmente blancos y parecían más bien como unos zorros o perros ovejeros, pues tenían grandes rabos como zorros y sus orejas tiesas como de perros al acecho. Presa de una gran angustia, evidentemente de ser devorado por los lobos, rompo a gritar y despierto (Freud, 1918/2003, p. 29).

El historial tiene un nombre oficial —*De la historia de una neurosis infantil*— y un subtítulo entre paréntesis que termina volviéndose el más conocido en el mundo del psicoanálisis: «Hombre de los Lobos». A su vez, el propio paciente pasa a ser conocido por este sobrenombre, como si el padre-Freud lo hubiera vuelto a bautizar a través del análisis de este sueño.

3 Encuentro también la palabra *tentación* en Horenstein (2015): «Hay que cuidarse en el psicoanálisis —también en la vida— de las buenas intenciones, que siempre pugnan por hacerse un lugar, tentación siempre presente en un oficio en el que todo el tiempo nos las vemos con sujetos dolientes, temerosos, divididos» (p. 214).

Posiblemente el sueño más famoso en la obra de Freud después del sueño de la inyección de Irma (Freud, 1900/2012), está a la vez íntimamente relacionado con los dos sueños de la joven Dora (Freud, 1905/1978a). Algo de esta particular trilogía quisiera transitar brevemente.

El sueño del paciente ruso, gestado alrededor de los cuatro años, recordado al comienzo del análisis y trabajado a lo largo de este —«fue una tarea que llevó varios años» (Freud, 1918/2003, p. 32)—, es analizado exhaustivamente en el texto. Freud nos transmite una cierta pasión por este sueño y sus asociaciones, logrando llegar al denominado deseo inconsciente o deseo formador del sueño. «Es que el soñar es también un recordar» (Freud, 1918/2003, p. 50). El joven ruso, recuerda, de los cuatro años, *aprés-coup*, golpe y sentido, experiencias tempranas, tal vez un año o un año y medio, hipótesis freudiana fuerte acerca de la temporalidad en psicoanálisis, pero también de los recuerdos encubridores, de esa memoria que nunca será del todo, nunca nuestra, siempre jirones, restos, en diálogo con las construcciones.

«Siempre había destacado que dos aspectos del sueño le provocaron la máxima impresión: en primer lugar, el total reposo e inmovilidad de los lobos, y segundo, la tensa atención con que todos lo miraban» (Freud, 1918/2003, p. 33). Podríamos agregar, para insistir en la escena, los lobos silenciosos, característica que Freud reitera en el análisis. Lo asocia con su contrario, es decir, el «violentísimo movimiento», que hace alusión al mundo pulsional del niño (p. 34). En esta misma línea, también lo podemos asociar con un aspecto particular de la vida cotidiana de Sergei en relación con su entorno familiar. Me refiero a la actitud de berrinches que tenía el pequeño para llamar la atención de su padre y así recibir de él los castigos. Estos castigos no eran más que una manera erotizada de entrelazarse con su padre. Por lo tanto, esos lobos quietos y silenciosos representan también el deseo de un relacionamiento ruidoso y de intenso movimiento con su padre, es decir, nos lleva a lo que Freud encuentra como el más intenso de los deseos formadores del sueño: «La satisfacción sexual que en esa época anhelaba del padre» (p. 33).

Desde sus lobos en el nogal, Sergei y su psicoanalista nos abren esa paradigmática ventana para que nosotros aprendamos acerca del relato minucioso, del *tempo* propio de la sesión, así como de la sutileza de

las asociaciones. En este sentido, quizás, comparte con los sueños de Dora (Freud, 1905/1978a) la transmisión del método analítico en el propio trabajo de los sueños en la sesión. El detenimiento en los aspectos aparentemente más nimios, la apuesta a la asociación libre, los eslabones que van enlazándose uno tras otro: un fino trabajo de orfebrería.

En *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)* (Freud, 1905/1978a), el primer título pensado era *Sueños e histeria*, para mostrar en la clínica su obra monumental que tan poco éxito de librería había tenido. Ahora se trataba de una paciente y sus sueños. ¿Será que el doloroso fracaso lo llevó a cambiar el título? Sin duda, los dos sueños de la paciente son el material alrededor del que gira todo el historial. La riqueza de ambos solo puede ser comparada con la de las múltiples identificaciones dramáticamente presentadas en los síntomas de la adolescente. La sexualidad infantil abre el telón con aquella casa en llamas, fuego, mundo pulsional. Mientras que en el segundo sueño, la línea transferencial se vuelve protagonista de modo conmovedor en esa soledad, deambulando por lugares extraños, llamando a su analista más de 100 veces y, a la vez, perdiéndolo. El analista-padre ha muerto; Dora le plantea que se va del análisis.

Con el historial de Dora, Lobos comparte también el espíritu combativo de una disciplina que necesitaba ganar espacio en el medio científico. El profesor Freud intenta desde ambos historiales demostrar al mundo —en especial, a los colegas que más lo cuestionaban— su concepción de la sexualidad infantil: realizar construcciones acerca de los avatares del erotismo oral, anal y fálico. Los síntomas, al igual que los sueños, son tratados con dedicación, rastreando en cada uno los diversos e innumerables aspectos inherentes a la vida sexual infantil, las fijaciones y las regresiones. Asimismo, la concepción de la bisexualidad y el Edipo en su doble vertiente encuentran en estos dos historiales, y especialmente en sus sueños, una apoyatura clínica relevante.

Por su parte, el sueño de la inyección de Irma (Freud, 1900/2012) porta lo inaugural; es el psicoanálisis mismo, símbolo, estandarte. Presenta copiosas asociaciones en las que desfilan personas y personajes que nos permiten comprender mejor que nunca los mecanismos de desplazamiento y condensación, así como la elaboración secundaria y la figurabilidad. Toman relevancia la multiplicidad de restos diurnos que el soñante nos



ofrece, hecho que da prestigio a este concepto que, a veces, entre los analistas, aparece opacado. La minuciosa exposición de Freud nos hace valorar, a la hora de analizar un sueño, la importancia de detenernos e insistir en el resto diurno.

Considerar estos tres sueños en la obra freudiana nos invita a pensar en el lugar que tienen los sueños y su trabajo en la sesión psicoanalítica. Son textos que interpelan nuestra actitud en cuanto a la aparición de un sueño, el valor que damos a las asociaciones, a los restos diurnos y a los mecanismos propios de estos: desplazamiento, condensación, figurabilidad y elaboración secundaria, que con tanta fuerza y claridad aparecen en los artículos citados.

Dedico ahora un minuto, en especial, al desplazamiento, ese gran descubrimiento del psicoanálisis: libertad de ir de un lado a otro, migrar, para generar la interrogación y aun cierta sospecha sherlockholmeana, es allí pero no es allí, es conmigo pero no es conmigo. Quizás en el sueño de la inyección de Irma (Freud, 1900/2012), como lo han observado tantos autores, se encuentra incompleta la vía asociativa de la sexualidad, ya que el soñante se detuvo y lo aclaró, por lo que no se llega al deseo inconsciente motor-formador-del sueño. Rodrigué (1996) arriesga: «En el ombligo de este sueño no solo está el sexo sino la muerte» y, más adelante, «Irma es Freud por venir» (p. 35).

#### EL SUEÑO EN CLAVE DE SEXUALIDAD INFANTIL

«¡Ah! Lo que soñé anoche, me da un poco de vergüenza contarlo...». Cuántas veces hemos escuchado —y dicho— algo parecido en sesión. El sueño tiene la capacidad de escandalizar. El escándalo se instauró con la aparición de *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905/1978b) y luego se hizo guion en Dora y Lobos, la historia oficial de la sexualidad infantil. Desde el inicio nos dice que la vida infantil es una de las fuentes de donde el sueño recibe material (Freud, 1900/2012, p. 42). Aunque difícil de alcanzar en el análisis de un sueño, el deseo motor es un deseo inconsciente; deseo inconsciente, reprimido e inherente a la sexualidad infantil. Cuando Freud escribe *La interpretación de los sueños*, obviamente aún no había llegado a *Tres ensayos de teoría sexual*.

También están los sueños de muerte, o con la muerte, que siempre nos interrogan sobre la realización alucinatoria del deseo. ¿De quién es la muerte soñada? Se puede soñar la muerte y también dar muerte; dar muerte pertenecería a la trama edípica y allí seguimos en el área de la sexualidad infantil. En cambio, soñar la muerte, soñar con los muertos queridos, hacerlos volver... Sin embargo, la muerte propia no se puede representar.

En la novela *El hermano mayor*, Mella (2016) trae varios sueños, uno de los últimos es del padre soñando al hijo quemándose. Hace pensar en Freud (1900/2012), que al inicio del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, nos trae un sueño: «Padre, ¿no ves que me abraso?» (p. 504). Acá hay un cumplimiento de deseo, dice Freud, y se refiere a tener al hijo con vida a su lado. Pero esos verbos sugieren algo más —arder, abrasarse...—, aunque no es sencillo ver el deseo edípico en los sueños de muerte. Otro ejemplo en la literatura es «Un sueño realizado» de Onetti (1941/2009), sobre el que ha trabajado en nuestro medio Casas de Pereda (1995) y que también alude a la muerte. Pero quizás el tema de la muerte en el mundo onírico debería ser el centro de otro trabajo.

#### SOÑAR, ESE MODO DE RECORDAR

El sueño toma un detalle, y en la espesura de la noche se va deslizando entre imágenes para quedar guardado bajo los párpados a la espera de un relato. Entre el sueño soñado y el relatado hay una pérdida. *Mis en mots*: sueño puesto en palabras; *mis à mort*: «sueño asesinado» (Pontalis, 1978, p. 25). El análisis no busca rellenar esa pérdida; el análisis es ocasión de descubrimiento. Explora, investiga, abre a la interrogación. En ese andar, va creando relaciones, ligaduras, aproximaciones.

El sueño es una sacudida a la des-memoria. ¿Qué es recordar en el tratamiento psicoanalítico? Lo que recordamos, ¿de qué materia está hecho? No son trozos de nuestra vida ni espacios temporales, tampoco son hechos traídos para completar puzzles. La memoria es una cosa demasiado compleja. Freud (1918/2003) dijo la famosa frase en Lobos: «Es que el soñar es también un recordar» (p. 50), pero en este historial trabajó más los avatares de la sexualidad infantil que los hechos que pudieran ser recordados, y aún

más, ese irreverente ir y venir acerca de si el pequeño niño vio o no vio la escena primaria... cuánta opacidad experimentamos los analistas en esta área. Llenar las lagunas mnémicas es una tentación que se palpa en nuestra disciplina; sobre todo cuando se presenta material clínico, es característico que en la discusión algunos de nosotros hagamos una pregunta por cierto dato, como si allí estuviera el *eureka*. Siempre nos deslizamos a buscar aquella escena, aquella madre depresiva, una despedida demasiado temprana, un suceso familiar traumático... y nos seguiremos deslizando para encontrar nada, nada que hable plenamente. Todos hablamos demasiado. Es difícil renunciar a encontrar las causas, pero algún día nos podremos despedir de esa búsqueda y tomar el desafío.<sup>4</sup>

Aun así, llenar las lagunas mnémicas es una metáfora que sigue siendo nuestra, al menos de a ratos. Otra metáfora que nos atraviesa es la de la reconstrucción de la historia, aunque prefiero la palabra *construcción*, tal como lo hemos aprendido de los historiadores. Si me dan a elegir, prefiero aun la metáfora de la narración, quiero decir, el intento de contarme mi propia historia, una y otra y otra vez. A medida que transcurren los años de análisis, me voy contando lo que parece ser casi la misma, pero no la misma, y siempre es una nueva escritura, algo de hallazgo, un signo de puntuación diferente o una palabra nueva a veces; poca cosa, pero siempre un movimiento hacia una nueva frase que antes no me había podido contar.

En algunas ocasiones, el contenido manifiesto ya brinda una oportunidad de análisis, ocasiones en que todo está en la superficie, en la letra, en la imagen. Sin duda, el sueño de la monografía botánica es un ejemplo. Colabora a desterrar la idea —que quizás tenga restos escolásticos— de que la verdad está en las profundidades —frase tan maltratada por la psicología—; a veces todo está más cerca de lo que nos parece. La metáfora

4 «El lenguaje, siempre y para cada uno, está de duelo. Es nuestro gran, nuestro permanente enlutado. Pero estar de duelo puede entenderse de dos maneras. Como la conservación, a cualquier precio, del vínculo de amor y de odio con el objeto perdido o como transformación de la pérdida en ausencia. En el primer caso, el lenguaje ya no es más que ruptura inaceptable con la cosa misma, no siento por él más que desconfianza hostil y solo consiento en usarlo neutralizándolo, reduciéndolo a su papel funcional de información y comunicación. En el segundo caso, confío en su movimiento: llevando el luto me lleva a lo que no es él, hacia lo que lo excede. El amor y la poesía brindan esa oportunidad... a veces también el análisis» (Pontalis, 2005, p. 23).

freudiana de la arqueología, si está banalizada, nos confunde: la memoria está construida sobre ruinas.

De ese sueño algunas líneas quedan allí, sin movimiento. *El ombligo del sueño, lo no conocido, lo nunca alcanzable*. Freud (1923/1986) dice: «Todo nuestro saber está siempre relacionado con la conciencia. Al inconsciente solo lo podemos conocer haciéndolo consciente». Antes: «Todo sueño tiene por lo menos un lugar en el cual es insondable, un ombligo por el que se conecta con lo no conocido» (Freud, 1900/2012, p. 132).

¿SE SUEÑA PARA EL ANÁLISIS O SE SUEÑA POR EL ANÁLISIS?

En el entendido de que el sueño se produce noche a noche, lo que se modifica entonces no es la capacidad de soñar, sino el espesor de la censura, y en cierta sintonía se podría decir que se modifica el trabajo de la elaboración secundaria. Entonces, a veces, se sueña porque el análisis ha colaborado para que esa censura afloje y la elaboración secundaria ¿sea un poco menos eficaz? Se alcanza mayor permeabilidad entre el proceso primario y el proceso secundario.<sup>5</sup> Pero además está la experiencia subjetiva del sueño, a la que Pontalis (1978) le dedicó muchas páginas:

[Freud] consagra el sueño al *sentido* y en cierta medida descuida el sueño en tanto *experiencia*: experiencia subjetiva del soñador que sueña, experiencia intersubjetiva en la cura, donde se le lleva el sueño al analista, a la vez ofrecido y retenido, diciendo y callando (p. 19).

Hay un modo de estar con el sueño en sesión. Hace años un amigo me contaba que llevaba tantos sueños al análisis que prácticamente no hablaba de su vida cotidiana. Pero también están los analizandos que raramente traen un sueño a sesión. Bollas (1987/1997) propone:

5 Tal vez se habla menos de la elaboración secundaria porque no es un mecanismo que opera en el proceso primario —está en su nombre— y eso le quita brillo; desplazamiento, condensación y elaboración secundaria es un trío en apariencia desparejo.

Un poema es una manera singular de dar forma a un tema, y el tratamiento poético adquiere tanta importancia como el tema que presenta: también un sueño es una técnica especial para dar forma a un sentido, porque el sueño no solo nos habla, sino que también nos trata (p. 89).

Vuelvo al último subtítulo, a la falsa pregunta planteada y a la transferencia.<sup>6</sup> Hay sueños que parecen estar hablando de la transferencia con apenas una palabra. Una mujer de unos 70 años comienza un tratamiento analítico por primera vez. Estamos en la última sesión de diciembre antes de mis vacaciones de verano. Dice:

Esta vez, no sé, me siento rara, no sé con quién pasar las fiestas [angustiada]. Mi hija menor me invitó a pasar con ella y toda la familia de su compañero, gente muy amable que yo conozco hace tiempo, pero sabe qué... yo quisiera pasar con gente querida, cercana, usted me entiende... [Silencio] Anoche tuve un sueño, soñé con Anheló Hernández... [Silencio] Qué raro, porque yo no conozco a Anheló Hernández.

Nuevamente, todo parece estar en la letra, desde el relato en sesión, «gente querida, cercana, usted me entiende...», Anheló Hernández. Este sueño, en la última sesión antes de la separación pactada en el encuadre por las vacaciones estivales, me sorprendió y me conmovió. No surgieron asociaciones, esperé un rato, entonces le dije que ahí estaba mi apellido: «Anheló... Hernández». Se sonrió, se tapó la cara y me dijo: «¿Puede la mente ser tan retorcida?». Nos despedimos hasta el mes siguiente.

El inconsciente no renuncia jamás, hasta el último minuto, y en eso la transferencia y el sueño comparten la locura de exigencia, de cumplimiento: realización y completamiento. En el sueño es imagen, en la transferencia se encarna; entonces, el poder transferencial se subraya. De ahí la importancia, como siempre, del análisis del analista. ♦

6 «La parte positiva de lo que llamamos transferencia [...] Y de hecho en muchos sueños que devuelven lo olvidado y reprimido no puede descubrirse ningún otro deseo pulsionante para la formación del sueño» (Freud, 1923/1986, p. 119).

## REFERENCIAS

- Bollas, C. (1997). *La sombra del objeto*. Psicoanálisis de lo sabido no pensado. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Casas de Pereda, M. (1995). De la lectura de un cuento de Juan Carlos Onetti «Un sueño realizado». *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 82, 159-166. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1388>
- Cortázar, J. (2004). La noche boca arriba. En *Cuentos completos/1*. Alfaguara. (Trabajo original publicado en 1956).
- Freud, S. (1978a). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 7-108). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1978b). *Tres ensayos de teoría sexual*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1986). Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 107-122). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (2003). *De la historia de una neurosis infantil*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 17, pp. 1-112). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1918).
- Freud, S. (2012). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vols. 4-5). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Horenstein, M. (2015). *Psicoanálisis en lengua menor*. Viento de Fondo.
- Mella, D. (2016). *El hermano mayor*. HUM.
- Onetti, J. C. (2009). Un sueño realizado. En *Cuentos completos* (pp. 71-86). Alfaguara. (Trabajo original publicado en 1941).
- Peixoto, J. L. (2009). *Historias de nuestra casa*. HUM.
- Pontalis, J. B. (1978). *Entre el sueño y el dolor*. Sudamericana.
- Pontalis, J. B. (2005). *Este tiempo que no pasa*. Topía.
- Rodrigué, E. (1996). *Sigmund Freud: El siglo del psicoanálisis*. Sudamericana.